

LOS LIBROS

Estudios de literatura venezolana, por MARIANO PICÓN-SALAS.
Caracas-Madrid: Ediciones Edime, 1961. [320 pp.]

Desde sus años de Chile, país al que llegó para respirar el aire que le negaba "el crónico azar político" del suyo, viene ofreciendo Mariano Picón-Salas al mundo hispánico su aguda, equilibrada visión de los fenómenos literarios y culturales de nuestra América. Con él tenemos una deuda larga de pagar, porque nos ha dado libros de la talla de *De la Conquista a la Independencia** y centenares de otras páginas de las que surge, viva y nítida, la faz de Hispanoamérica, la luz que aclara su problemática pasada y presente, suelo necesario para una anticipación de futuro.

Justo era que, entre las preocupaciones primordiales de don Mariano, figurara la de trazar una historia del proceso literario de su país, Venezuela. Pero, dada su condición de observador sagaz y de "varón humanísimo" (como él llamó a D. Alfonso Reyes), dejó para otros "el sueño difícil y académico de una historia objetiva, tan fría y tan fiel, que parezca una entelequia", y quiso hacer —¡en buena hora!— "el libro popular y sencillo", en busca del camino que "dé las imágenes más reveladoras de nuestra marcha espiritual, el que suscite el gusto por una tradición que —de acuerdo como se la sienta y se la mire— es capaz de ofrecer a los hombres de hoy su fresca vivencia".

Son sus propias palabras explicatorias.

Ellas ampararon la primera salida de *Formación y proceso de la literatura venezolana* (Caracas: Edit. Cecilio Acosta, 1940). Después de esa fecha aparecieron las ediciones que adobó el dolo editorial, de lo que el autor justamente se queja: "Rescato de la peligrosa aventura pirática de que ha sido víctima en los últimos años mi pequeño libro de *Literatura Venezolana*. Tuvo éxito de venta, de que yo no disfruté. Los persistentes reeditores extranjeros, cuyo domicilio social no pude conocer —por mi falta de dones detectivescos—, nunca me consultaron, escribieron ni hablaron para sus continuas impresiones. Y me decido hoy, por los maltratos que ha sufrido el

*La obra acaba de traducirse al inglés, por Irving A. Leonard. Cp. *A Cultural History of Spanish America from Conquest to Independence*. Berkeley and Los Angeles: The University of California Press, 1962.

libro, a recogerlo, revisarlo y casi me atrevería a decir, lavarlo, como a un hijo pródigo. ¡Sufrió —el pobre— tantos arañazos y reveses en el camino!”

Reaparece, pues, el libro, no con el torvo rostro de las ediciones piráticas —endemia del indecoro editorial hispanoamericano— y con otro título que el original. *Estudios de literatura venezolana*, nombre más comprensivo, admite el antiguo libro de 1940 (pp. 9-188), una “coda final”, agregado en que se pasa revista a los dos últimos decenios de la literatura venezolana y, por fin, una serie de ensayos que, de algún modo, complementan las páginas iniciales. Bajo la designación de “Algunas páginas sobre escritores venezolanos”, ocupa las páginas 201 a 303, y aporta capítulos de tanto interés como “Memoria de Gonzalo Picón-Febres”, “*Cartas de Teresa de la Parra*” —sobre el epistolario editado por Cruz del Sur, que el mismo autor prologó—, o “Ejemplos del modernismo venezolano”, a propósito de la reedición caraqueña de las poesías del sacerdote Carlos Borges, verdadero goliardo caraqueño, cuyas andanzas, no siempre confesables, eran pasto de las lenguas: “En una Venezuela más pequeña, ingenua y aletargada que la de nuestros días, las conversiones, caídas y recaídas del Padre Borges constituían clamoroso y excitante escándalo. Mientras unos celebraban en él una especie de François Villon o “*Pauvre Lelian*” del trópico, otros rogaban para que le volviera a favorecer la divina gracia” (p. 256).

Los quince capítulos de la historia de las letras venezolanas, que constituyen el meollo de los *Estudios...*, corresponden al libro de hace veinte años y siguen siendo una aproximación rigurosa —aunque no acartonada— de lo que las letras venezolanas han conquistado hasta el período contemporáneo. El libro que, en su versión primitiva, concluía en los alrededores de 1940, ahora agrega una “coda final” que prolonga su análisis hasta 1960. Es ello buena muestra de que Picón-Salas ha vencido sus ausencias —por actividades diplomáticas o de representación ante la UNESCO— y no le es nunca ajeno el pulso lejano de su patria.

Si los análisis de las contribuciones individuales son acertados, límpidos y de seguros relieves —véanse, por caso, los dedicados a don Andrés Bello (Virgilio americano para un Augusto criollo, Bolívar, p. 65), Juan Vicente González, los románticos J. A. Maitín y Abigaíl Lozano, o los modernistas Coll, Dominici, Blanco Fombona y Díaz Rodríguez—, no menos valiosos, sabios y grávidos de poder caracterizador son los enjuiciamientos de distintos *ismos*. Las etapas barroca, neoclásica, romántica y modernista, exhiben el atuendo del historiador de las ideas y las culturas, la traza del crítico capaz de poderosas síntesis que no desfiguran la contemplación de más ancha perspectiva. Son, por ejemplo, de verdadera eficacia crítica los juicios vertidos en torno al modernismo en Venezuela. El recuerdo de que en Venezuela el modernismo se dio primero en el campo de la prosa (ya ha señalado Manuel Pedro González a Caracas como cuna de la prosa modernista, por la influencia fecunda de José Martí), para después derivar a la poesía: “Sin negar la influencia de Darío, podemos decir que en Venezuela ella no fue la única y más determinante causa; y se observa en nuestras letras que el movimiento renovador impregnó antes la prosa

que la poesía. Quien examine objetivamente el problema, podrá comprobar que es a través de los grandes prosadores de entonces por donde llega hasta la poesía la voluntad artística del tiempo" (pág. 144). Observaciones de sumo tino que han de tenerse presentes para equilibrar críticamente la consideración de la importancia de la renovación en la prosa, tradicionalmente preterida —en estudios y antologías— ante el peso del modernismo en la poesía.

En lo más cercano a nuestros días, el autor quiso ofrecer "una reducida sinopsis", por lo mismo que la visión es aún aperspectivista y no son del todo nítidos los relieves que presentan las obras cuya elipse no está completa. Sin embargo, no ha soslayado Picón-Salas el riesgo crítico en lo actual: atraviesa con donaire y propiedad interpretativa lo que atañe a las últimas promociones literarias de su país.

De ese balance final surgen consideraciones de interés bien definido: 1) La mirada atenta y emocionada que los venezolanos tienden hacia su historia, ha significado una intensificación de los géneros históricos y la aparición de valiosas obras enlazadas con ellos, como las de Isaac Pardo, C. Parra Pérez, Ramón Díaz Sánchez, etc. Otros, como el Dr. Ramón J. Velázquez, se han ocupado del ayer inmediato, en ensayos que fuera conveniente reunir en volumen. 2) Esta misma constante dedicación a la historia, más la conciencia de que debe ponerse al alcance de un mayor número de lectores el acervo histórico erudito, ha cristalizado en ediciones que hacen accesibles las obras básicas. A estas tareas han contribuido instituciones como la Academia Nacional de la Historia e investigadores como el meritísimo Pedro Grases. 3) En consonancia con lo anterior, la mirada a la historia de las ideas en Venezuela tiene hoy más seguros asideros. Juan D. García Baca ha completado, con sus descubrimientos de textos de escolásticos y "escotistas", el panorama de la ocupación colonial por la filosofía. Asimismo, se han editado con pulcritud los escritos de figuras relevantes, como los de don Simón Rodríguez o los pensadores de la Independencia. 4) y 5) Los estudios de ciencia literaria y lingüística se han multiplicado fecundamente para las letras y la lengua de Venezuela y América hispánica: nombres como los de Orlando Araujo, Isaac Pardo, Oscar Sambrano Urdaneta nos hablan en su obra de estos avances, a los que no poco han contribuido investigadores foráneos de larga residencia en Venezuela, como los profesores Edoardo Crema y Ulrich Leo. Las modalidades venezolanas del español —en relación indudable con la calidad de los estudios que se cumplen en el Instituto de Filología "Andrés Bello"— han merecido un análisis magistral en la obra de Angel Rosenblat, *Buenas y malas costumbres en el castellano de Venezuela*. 6) Es notorio el florecimiento del teatro —preterido hasta no hace muchos años—, al que han contribuido autores como Uslar Pietri, Díaz Sánchez y, más recientemente, la poetisa Ida Gramcko. 7) La poesía, como en otros países de América hispánica, se cultiva con abundancia y éxito en Venezuela. Una antología reciente, *La nueva poesía venezolana*, de José Ramón Medina (1959), presenta cuarenta nombres de poetas que aún no llegan a los treinta años y varios de los cuales constituyen una

promesa cabal. "Dentro de lo complejo que es marcar las fronteras de distintos tipos de poesía, señalábase ya [en 1940] una nueva corriente, que pudiera llamarse épica, de canto a los trabajos, aventuras y esperanzas del hombre venezolano, y a la que aluden poemas tan valiosos como *Mi padre el inmigrante*, de Vicente Gerbasi; los fragmentos que ha dado a conocer Ali Lamada de su extenso *Canto estelar a Venezuela*; el magnífico poemario de *Las torres desprevenidas*, de Jacinto Fombona Pachano; el *Canto a los hijos*, de Andrés Eloy Blanco, y el potente *Nuevo Mundo Orinoco y Tierra muerta de sed*, de Juan Liscano. No se opone esta corriente a la más ceñidamente lírica, introspectiva e intimista que continúan con gran éxito y renombre poetas como José Ramón Medina, cuyo hermoso libro *Memorias y elegías*, obtuvo el Premio Nacional de Literatura del año 1961; Luz Machado de Arnao, Juan Manuel González, Ana Enriqueta Terán y Otto de Sola, que en su reciente poemario *El árbol del paraíso*, parece mezclar, con gran riqueza metafórica, lo lírico-metafísico" (193-194). 8) y 9) La rica actualidad del cuento y la novela, estimulado el primero por concursos como el anual de *El Nacional*, de Caracas, y la narrativa por mayores facilidades editoriales, destacan los nombres de Gustavo Díaz Solís, Antonio Márquez Salas, Alfredo Armas Alfonso, Oscar Guaramato, Adriano González León, Raúl Valera, Carlos Dorante, Héctor Malavé —en la producción cuentística— y los de Guillermo Meneses, Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva, Antonia Palacios, y otros, en la novela, a la que han contribuido también ensayistas como Mario Briceño Iragorry (*Los Ribera*). 10) Por último, destácase la vitalidad actual en Venezuela —y en toda América, agreguemos— de la ocupación ensayística, interrumpida muchas veces por "el combate político de la Venezuela de estos días [que] a veces no deja sosiego para madurar los libros; pero en hojas periódicas y revistas ofrecen los escritores su casi cotidiano y vivaz testimonio del mundo" (197). Picón - Salas prefiere no juzgar a los que en los últimos años se han iniciado: "aun el estímulo más optimista, al correr del tiempo, puede parecer angosto" (198).

Las anteriores observaciones en torno a los *Estudios de Literatura Venezolana* traducen —así lo esperamos— la singularidad y el valor permanente de este ágil y riguroso libro.

J. L.

Historia crítica de la novela guatemalteca, por SEYMOUR MENTON.

Guatemala, Editorial Universitaria, 1960. [335 pp.]

En la Introducción de su obra, menciona Seymour Menton —catedrático de la Universidad de Kansas— las pesquisas que debió cumplir, con amigos y alumnos guatemaltecos, para dar con algunos "libros duendes", que no era fácil hallar ni siquiera en Guatemala, país al cual se trasladó para dar fin a su investigación. Extiéndase el fenómeno más allá de las fronteras indicadas, y se sabrá por qué, por lo general, es tan difícil el conocimiento de las letras centroamericanas en medios como el nuestro, cuya pobreza bibliográfica apenas puede vencer —y malamente— una voluntad denodada a la que habrá de acompañar un constante estado de alerta: ello permitirá dar caza